

PUBLICISTAS EXTRANJEROS

Recuerdos históricos de las Islas Canarias

Conferencia dada en la Sociedad
Anglo-Española de Londres

POR EL

P. JAMES WILLIAMS

J. M. Alzola
Percepsino, 15
Las Palmas de G.C.

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

En el Palacio de BC
Quetzaltenango 12
S. M. N. N. S.

AVIÑON

La ciudad de Aviñón, situada en la orilla izquierda del río Ródano, llena de parques y jardines, celebrada por sus vientos y, en siglos pasados, por algo más, pues se decía, según Séneca de Narbona: «Aviñón ventoso, sin viento venenoso, con viento fastidioso», estaba de fiesta, con grande concurso de gente, el lunes, 15 Noviembre del año 1344. Era la época que llamaron los italianos del «destierro babilónico». Hacía 35 años que los Papas, franceses todos, vivían allí y no en Roma. Clemente VI ocupaba entonces la silla de San Pedro. Este Papa era hombre de mucha generosidad, patrón de las letras y de las bellas artes, muy amante también de banquetes y recepciones brillantes. En Consistorio público celebrado en dicha fecha, concedió a don Luis de la Cerda la soberanía de las Islas que hoy día llamamos Islas Canarias. Tomó el Papa como tema de su discurso las palabras de Dios a Moisés: «Faciam principem

super gentem magnan». («Haré príncipe sobre gente grande»). El Papa coronó a don Luis, y le dió el título de Príncipe de la Fortuna, por ser rey de las Islas Fortunadas. Maurice Faucon ha sacado de los archivos del Vaticano la noticia interesante de que Clemente regaló al príncipe un cetro y una diadema de oro, embellecida con piedras preciosas. Parece que Petrarca estuvo presente, pues cuenta que el nuevo príncipe pasó por la ciudad, llevando su corona y cetro, con una cabalgata lucida. Añade Petrarca que mientras pasaba el príncipe, cayó una lluvia tan fuerte, que el nuevo rey volvió mojado a su casa. Al día siguiente hubo fiesta solemne por don Luis en casa de los Dominicanos.

El primero que da cuenta de la coronación del nuevo rey de las Islas Fortunadas parece ser el cronista contemporáneo inglés Walter de Hemingburgh, de quien dice su editor que su obra será quizás uno de los mejores ejemplos de nuestras antiguas crónicas, tanto por el valor de los notables acontecimientos descritos, como por la exactitud de los detalles que da de ellos. Sus palabras, transcritas por Thomas Walsingham, aparecen bajo el nombre del último en la obra de Rainaldo, que tiene también la bula de Clemente VI.

LUIS DE LA CERDA

El francés Geōrgēs Daumēt, en una noticia de la vida de don Luis de la Cerda, publicada en el año de 1913, observa que sería interesante saber cómo se informó don Luis del descubrimiento de las islas, y qué datos había recogido sobre ellas; pero en seguida dice que es preciso resignarse a no saberlo.

Con la caída del Imperio romano en el siglo V, sobrevino, como todos sabemos, una gran decadencia de la civilización del mundo antiguo. Entre otras muchas cosas se atrasó el conocimiento de la Geografía. «Fueron las Canarias,—escribe Gonzalo de Illescas—, conocidas antiguamente por su fertilidad y sano cielo. Después, por descuido y flojedad de los hombres (que interrumpieron la navegación que ordinariamente se solía hacer de Africa y de España) se vino a perder totalmente la noticia de ellas; de tal manera que había muy pocos que la supiesen.»

Es importante notar que la bula de Cle

mente sigue la nomenclatura tradicional. Las islas son Las Fortunadas. Los nombres de Canaria, de Capraria (Hierro), de Junonia (Gomera) son idénticos en la Bula y en Plinio. Ningaria (Tenerife), es la Nivaria de Plinio, y el Ombrios de éste tiene en la Bula el equivalente latino: «Pluviaria» (o sea Palma). Ningún nombre señala nuevo descubrimiento. El portugués da Costa de Macedo ha transcrito en su «Memoria» lo que han escrito los antiguos sobre las Islas. En esta Memoria se pretende probar que los árabes no conocieron las Canarias antes que los portugueses.

X.

El hijo primogénito de Alfonso de la Cerda, don Luis de la Cerda, nació en Francia, pero no se sabe en qué año. Sabemos, sin embargo, que poco tiempo después de concluir la paz entre esta familia y el rey de Castilla, don Luis de la Cerda, muchas veces llamado «de España», se casó en Sevilla con doña Leonor de Guzmán, hija del ilustre defensor de Tarifa, don Alonso de Guzmán «el Bueno».

Parece que don Luis se quedó en España hasta el año de 1332, o aun más tarde, pero llegó a la corte de Felipe de Valois, rey de

Francia, al principio de su reinado, al tiempo que comenzaron las grandes guerras entre Francia e Inglaterra. En enero del año de 1339 Felipe VI le dió el pueblo de Talmont-Sur-Gironde, en la Charente-Inferieure, y la isla de Olerón, nombrándole conde de Talmont. También le nombró, el 13 de marzo de 1341, almirante de Francia, dignidad que resignó don Luis el 28 de diciembre del mismo año. En la primavera del año siguiente tenía don Luis un alto mando en el ejército del rey Felipe. Algo más tarde puso sitio al pueblo de Guérande, teniendo en su ejército españoles y genoveses.

Damos estos detalles de la vida de este famoso personaje por el importante papel que, como más adelante se verá, habría de desempeñar en la historia de Canarias por los palaces de su familia y las relaciones que tuvo con los genoveses.

MALOISEL

La expedición del francés Juan de Bethencourt, a las islas Canarias, empezó, según se dice, en el año de 1402. Se publicó en el siglo XVII una narración de la misma, de la que tenemos una versión escrita por Major con traducción al inglés. Hay también una edición por Gravier, pero otro francés, Margry, ha editado otra distinta tomada de un manuscrito existente en el Museo Británico titulada «La Conquista y los Conquistadores de las Islas Canarias».

Margry dice que las gentes de Bethencourt en la isla de Lanzarote, reunieron gran cantidad de cebada y la pusieron en un castillo viejo que en tiempos anteriores había hecho construir Lancelot Maloysel, cuando conquistó el país, según se decía. Esto es testimonio claro de la llegada a la isla de gente europea y de haberse establecido en ella mucho antes de la llegada de Bethencourt.

Otro capítulo de Margry se refiere al libro

del fraile español, publicado por el señor Jiménez de la España, y que lleva por título: «El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo». El autor, como hemos dicho, fué un franciscano español que vivía en Sevilla, y la fecha de la obra los años de 1345 y 1350. El fraile da los nombres de Alegranza, Lanzarote, Uegimari, Forteventura, Canaria, Infierno, Tene-refiz, Gomero y Fero. Por supuesto, Infierno y Tenerefiz son dos nombres para la misma isla; el fraile se equivoca en considerarlas como dos. Pero esto no es todo; el fraile escribe de la isla de Lanzarote, que: «dizen le asi porque las gentes desta isla mataron a un genoues que dezían Lançarote.»

Los primeros portulanos, o sean libros para marineros con cartas hidrográficas que hacen mención de las Canarias, son: el Portulano mediceo que está en la Biblioteca laurenziana en Florencia y el Mapamundi de Angelino Dulcert, hecho en Mallorca en Agosto del año mil trescientos treinta y nueve. El Museo británico tiene ejemplares facsímiles de cada uno de éstos. El conde Baldelli Boni ha escrito sobre el Mediceo. Dice que es del año de 1351, que es obra de un genovés, porque representa la bandera genovesa sobre

las Canarias, y conserva la forma genovesa en la ortografía de los nombres. El Mediceo cita las siguientes islas: Lalegranza, I. de Lanzarote, I. de Uegimari, I. de Forteventura, Canaria, Infierno, Cerui, I. de Senza Uetura, I. de Liparme. El nombre de la isla de Lobos marinos, situada entre Lanzarote y Fuerteventura, es traducción del nombre «Uegimari». Hace muchísimos años que no vienen a ella los lobos. Cerui y Senza Uetura son Gomera y Hierro, y Liparme es La Palma. El Doctor Hamy ha escrito sobre el más antiguo: el de Dulcert. Este marca «Insula de Lanzarotus» y, debajo de esto, la palabra «Marocelus», con la cruz de Génova a través de la isla. En su propio sitio al sur de Lanzarote está «Iegi mari», y más al sur también, en su debido puesto, «Laforte ventura».

Así es que cinco años antes del consistorio de Clemente I, dos islas y una isleta del grupo canario fueron bastantes conocidas de los marineros para que se hubiesen figurado en un mapa, el cual da, además, el nombre de un genovés, Lanzarotus Marocelus, como nombre de la isla más al norte. Y pocos años después, afirma un español que la dicha isla re-

cibió tal nombre porque los isleños de allí mataron a un genovés así llamado.

Sebastiano Ciampi publicó en el año de 1827 un manuscrito, autógrafo de Boccacio, derivado de cartas que ciertos comerciantes florentinos le habían escrito de Sevilla, haciéndole relación de un viaje a las Canarias, hecho en el año de 1341. Ciampi da la carta en latín e italiano; Major la tiene en inglés; Eugenio de Cantos, en portugués, y Chil y Naranjo, en castellano. Dice la carta que la expedición de dos navíos y una pequeña embarcación con tripulantes florentinos, genoveses, castellanos y otros españoles, salió de Lisboa por orden del rey de Portugal, el primero de Julio de dicho año. Visitaron los barcos cinco de las islas. Major cree que serían Fuerteventura, la Gran Canaria, Hierro, Gomera y Palma. Vieron otra grande que se cree fuera Tenerife. Contaron trece islas, cinco de las cuales estaban habitadas; pero no dicen nada de sus nombres. Beazley dice casi lo mismo que Major. Tendremos que volver a esta carta.

Varios autores han tratado de investigar quién fué Lanzarotus Marocelus y cuándo hizo su expedición. Todos citan, para esto, unas

palabras de Petrarca, sacadas del mismo pasaje a que ya nos hemos referido.

Hablando de las Islas Fortunadas dice que «aquella tierra es conocida por los escritos de muchos, y especialmente por los poemas de Horacio; que era celebrada en tiempos pasados y es celebrada hoy, puesto que según la memoria de nuestros padres («patrum memoria»), una escuadra armada de Génova llegó allí». D'Avezac, (escribiendo en el año 1845), cree que Marocelus debió haber salido de Génova hacia el año 1275. Y saca de una obra italiana el informe de que la familia genovesa de Marocelus era esclarecida, antigua, y de origen francés. Desimoni, que escribió en el año 1874, también nota la nobleza y antigüedad de la familia; trata de buscar cuál de ellos sería el descubridor, y cree que Marocelus debía haber salido para Canarias en el año de 1300. Gabriel Gravier está conforme con la opinión de D'Avezac. Pietro Amat di San Filippo está de acuerdo con Desimoni. Beazley cree que el lenguaje de Petrarca indica una fecha anterior a 1291, y dice que quizás la expedición de Marocelus servía más para la conquista de las islas que para comerciar con ellas.

Charles Bourél de la Roncière, en su «His-

toire de la Marine Française», publicada en el año de 1900, dedica un pasaje a la expedición de Marocelus, pero envía al lector a un artículo suyo publicado en el año de 1896, titulado «Les Navigations Françaises au XVE siècle». Este artículo tiene por apéndice un documento escrito por l'Abbé Paulmier, fecha 20 de Abril del año de 1659. Leemos en él que los señores de Maloysel, hidalgos de Normandía, en la publicación, por primera vez, en el año de 1630, de la historia de la expedición de Juan de Bethencourt a las Canarias, se animaron a reclamar para su antecesor Lancelot Maloysel el honor de ser el primer conquistador de las Canarias en oposición a Juan de Bethencourt. Por eso hicieron imprimir en Caen un pequeño tratado, fundando especialmente su pretensión en un inventario genealógico presentado por sus predecesores a los elegidos de Coutances en el año de 1453, (el año de la devolución de la provincia a la Corona), que tenía mucho sobre la expedición del dicho Lancelot. Paulmier dice que, según se afirmaba, Lancelot Maloysel supo de las Canarias por marineros franceses de Cherbourg, que comerciando por las costas de España fueron arrojados a las islas por un temporal. Que Maloysel salió para la conquista en

el año de 1312, y que allí se quedó de gobernador más de 20 años, hasta que una sublevación general de los isleños de Lanzarote, ayudados por vecinos, le echó fuera,

MAS VIAJES

Encontramos en la obra de un historiador isleño, casi desconocido, una explicación de cómo don Luis de la Cerda pidió al Papa la investidura de la soberanía de las Canarias. Se trata de don Tomás Marín y Cubas, natural de Telde, Gran Canaria, quien hizo sus estudios en Salamanca y después escribió una historia de las islas, que tituló «Historia de las siete Islas de Canaria».

«Reunió —dice Millares, otro escritor canario—, muchas relaciones antiguas e informaciones curiosas». Parece que Viera y Clavijo, el principal historiador de las Canarias, no la tuvo a la vista, y por mucho tiempo se creía que se había perdido. No se publicó sino a principios del presente siglo, y todavía no se encuentra ningún ejemplar en Londres. Afortunadamente, Chil y Naranjo la tuvo en cuenta para su importante obra; así es que podemos citar el siguiente párrafo:

«La reina doña Juana de Nápoles, escribe

que después de su abuelo Roberto, en este año de 1343, hizo donación del derecho que dice tenía a la conquista de las Islas Fortunadas, y eran suyas, por donación del Papa a su abuelo y por ello a su sobrino don Luis de España y Cerda, porque tenía larga noticia de dichas islas por un navio suyo que las aportó, de Lancelote Mailesol, napolitano, el cual estuvo en ella, de paz, trato y comercio, en el año de 1320, y por este tiempo las frecuentó hasta el presente año de 1344, que el Papa Clemente VI le dió la investidura, y luego don Luis envió armada a ellas.»

Los veinte años que da Paulmier como duración de la residencia de Marocelus en Lanzarote, son parecidos a los años que da la reina. Y el estar Marocelus allí por tanto tiempo sirve para probar que estaba la isla en paz, trato y comercio.



Pero hay algo más. El mismo Marín y Cubas, refiriéndose al año 1393, dice que «los canarios decían que después de haber comerciado por tiempo de cuarenta años con mallorquines, aragoneses y sicilianos, vieron a mediados de Junio una escuadra de seis navíos,

que pasaron de la Gran Canaria al oriente de la isla de Lanzarote, al puerto de Guanapayo donde había edificio o cimiento de castillo o fuerte, que después Bethencourt llamó «el castillo viejo», que fabricó Lancelote Mallesol, milanés, que aquí fué escala de mallorquines. Entre el Puerto de Arrecife y la antigua capital, Teguise, se encuentra todavía un castillo viejo, llamado de Santa Bárbara o de Guanapayo. ¿Será aquel el sitio de castillo de Marocelus? ¿Y el Puerto de Arrecife, será el que fué de los mallorquines?

Dice, además, Marín y Cubas: «En este año de 1393, que los castellanos vinieron a las islas, habían pasado ciento dos que se tuvo noticia de ellas en Levante, y setenta y tres que el rey de Nápoles comerció con ellas, y cuarenta y siete que fué a ellas el Príncipe Luis y ahora esta armada parece fué enviada por Castilla.» Tenemos entonces las fechas de 1291 para el descubrimiento de las islas; 1320 lo mismo que antes, para la llegada de Marocelus; 1346, para don Luis de la Cerda. Según Daumet, el viaje del príncipe, si tuvo lugar, debió haber acaecido en los últimos meses del año 1345. El año 1353 sería el primer año de los mallorquines.

En el año de 1291 hubo expedición

Génova para buscar camino a la India. Teodosio de Oria aprestó dos galeras, y Ugolino y Guido Vivaldi las llevaron hasta Gozora. Esto será lo que ahora se llama el Cabo Nun y está en 28° 47' latitud norte; al sur de la isla de Lanzarote. Beazley dice que acaso sea posible que fueran idénticas la expedición de los di Valdivis y la de Marocelus. No parece necesario creer esto, pero teniendo en cuenta las palabras de Marín y Cubas, es posible creer que cuando vinieron las noticias de Gozora, llegaron también algunos informes acerca de las Canarias, o, a lo menos, acerca de la isla más al norte: Lanzarote. Quizá serían tales informes los que más tarde animaron a Marocelus y al rey de Nápoles a promover la otra expedición.

Parece imposible determinar exactamente las fechas de las varias expediciones a las Canarias antes de la llegada de Juan de Bethencourt. Es posible que los libros impresos no traigan exactamente las fechas de los manuscritos, o que los autores se hayan equivocado en un reinado y por consiguiente en el año.

El P. Mariana dice que don Luis de la Cerda nunca logró llegar a su reino. Según Benzoni, armó con la asistencia del rey de Aragón, dos carabelas para la conquista de las is-

lañ. Partieron de Cádiz, llegarōn a la Gome-
ra, y pusieron en tierra ciento veinte hom-
bres. Pero allí les asaltaron los naturales con
tanta fuerza y energía, que muchos quedaron
muertos; los demás se salvaron, nadando con
dirección a los barcos, regresandó muy tris-
tes a España.

Pedro Agustín del Castillo cree que los mo-
vimientos en los puertos de Aragón en pre-
paración para despachar las carabelas de
Príncipe de la Fortuna animaron a algunos
mallorquines a pertrechar dos navíos para ir
en busca de las islas. Esto fué en el año 1360.
Los mallorquines trataron bien a los isleños
de la Gran Canaria, donde hicieron dos igle-
sias.

El Papa Urbano V, después de haber rec-
bido noticias de que los isleños eran paganos
sin ley, mandó órdenes, el día 22 de Agosto
de 1369, a los Obispos de Barcelona y Torto-
sa, de que enviasen veinte franciscanos y su-
cerdotes seculares a las Canarias, para que co-
n la predicación del Verbo de Dios, aquella
gente pudiese convertirse a la Fé de Cristo.

Antonio de Capmany hace notar que por
año de 1300 los genoveses habían logrado a-
canzar el sumo de su poder marítimo, pero co-
mo en el siglo XIV hallamos a los catalanes

rivales del tráfico y de la navegación de Génova, sería por esto quizá que el Papa Urbano se dirigió a los Obispos de Barcelona y Tortosa cuando quiso enviar misioneros a las Canarias.

Tenemos datos confusos de unos viajes a la Gomera; de varias invasiones en la isla del Hierro, y de una tempestad que llevó a Ruiz de Avendaño a Lanzarote. El navío de Francisco López, haciendo viaje de Sevilla a Galicia, tropezó con una tempestad que lo hizo llegar a la Gran Canaria, encallando el navío en la boca del barranco de Guiniguada, donde hoy está Las Palmas, la capital, salvándose solo trece hombres. Esto fué el cinco de Julio del año 1382. Los españoles vivieron allí en paz por algún tiempo, pero después los isleños les mataron. Sobre esto dice Viera y Clavijo: «Es menester sospechar que los vicios de aquellos cristianos fueron mayores que sus virtudes.»

Hay varias noticias de una expedición a la Canaria y a Lanzarote que hizo mucho daño en las dos islas. Abreu y Galindo habla de una expedición bajo el mando de Hernán Peraza en el año de 1385, y de otra en el año de 1393. Viera y Clavijo se refiere a cinco navíos al mando de Gonzalo Peraza Martel

en el año de 1399. Margry dice que en otros tiempos Lanzarote tenía bastante población, pero que españoles y aragoneses, y otros corsarios, tantas veces habían tomado la gente y la habían llevado como esclavos, que apenas quedaban unos trescientos a la llegada de Bethencourt.

Pedro López de Ayala nació el año de 1332, y murió antes de Abril de 1407. Dice Ayala que en el año de 1393 llegaron noticias a Madrid de que algunas gentes de Sevilla, de la costa de Vizcaya, y de Guipúzcoa, habían armado navíos en la capital andaluza, habían recorrido las islas, hasta conocerlas bien, y que «los marineros salieron en la isla de Lanzarote, e tomaron el Rey e la Reyna de la isla, con ciento y sesenta personas, en un lugar e trajeron otros muchos de los moradores de la dicha isla, e muchos cueros de cabrones, e cera, e ovieron muy grande pró los que allá fueron. E enviaron a decir al Rey lo que allí fallaron, e como eran aquellas islas ligeras de conquistar si la su merced fuese, e a pequeña costa.»

Según Marín y Cubas, la escuadra, que constaba de seis navíos, vino por Oriente, rodeando la isla, es decir, la Gran Canaria; en el pueblo de Arguineguin robaron muchas

mujeres, muchachos, ganados y cuanto pudieron. Después desembarcaron algunos en la boca del barranco de Telde, y subieron por el valle de Jinama, donde los canarios consiguieron matarles. Entonces partió la armada para Lanzarote, como ya hemos dicho. Esta era la expedición de que hablan diversos historiadores. Dice Diego Ortiz de Zúñiga, «que era muy frecuente por estos tiempos la navegación desde Sevilla, y los puertos de Andalucía a las Islas Fortunadas, ya llamadas Canarias, por el nombre de la principal, y armaron para su conquista y comercio, vizcaínos y andaluces, a cuyos empeños respondían bien las utilidades.» Escribe ésto con fecha del año 1399.

LOS NATURALES

Los naturales de Lanzarote y Fuerteventura «eran animosos y bien dispuestos y proporcionados más que todos los demás de las islas; de facciones perfectas todos, hombres y mujeres, aunque morenos de color. Abreu y Galindo dice de Fuerteventura que «había en esta isla quatro mil hombres de pelea. Oy en todas las islas no ay hombres de mayores estaturas que los desta en común». El cronista francés dice que los de Fuerteventura eran de gran estatura, pero que el país no tenía mucha población, aunque en seguida añade que tenía muchas aldeas, y que vivían los habitantes más reunidos que los de Lanzarote. La gente de la Gomera y del Hierro eran de mediana estatura, y también de facciones regulares. Los de la Gomera, «animosos, ligeros y diestros en ofender y defenderse; grandes tiradores de piedras y dardos». Mientras que los del Hierro eran muy tristes y aun cantaban endechas melancólicas. Los natura-

les de Canaria, según Cedeño, uno de los conquistadores, eran «de buena estatura, más que medianos, bien dispuestos de sus miembros y ligeros en gran manera, y de gran destreza en la pelea con las armas que traían». Los exploradores de 1341 no se expresan enteramente de igual modo; dicen que los cuatro hombres que vinieron a bordo de su buque eran todavía imberbes y de hermosa figura; que la isla, (es decir, la Canaria), era más poblada que las otras; que la talla de los isleños no excedía de la suya, y que eran membrudos, bastante vigorosos y diestros. Otro testimonio —añade—, es que «los habitantes de Canaria eran bella gente, fuerte y endurecida; hombres y mujeres bien formados; las mujeres muy hermosas, y que de nobles solos contaban diez mil hombres». Juan de Bethencourt entendió que la isla tenía diez mil nobles. Abreu y Galindo nos informa que «había en Canaria grandes poblaciones, y así hay resto de ello por toda la isla, mayormente en la costa de la mar, donde vivía la gente común; que no tenía ganado de que alimentarse; que su principal mantenimiento y sustento era el marisco; la gente noble vivía en tierra adentro, donde tenían su asiento y ganado, y sembraderas. Solíanse juntar antes que los cató

licos reyes la conquistaron cerca de catorce mil hombres de pelea». Eran los naturales de Canaria morenos como los de Lanzarote y Fuerteventura, «bien acondicionados, nobles, piadosos y verdaderos en lo que decían; tenían por grande afrenta decir mentira». Los nobles se diferenciaban de los otros en el cabello y la barba.

La isla de la Palma tenía gente muy bella, bastante numerosa y de una ligereza notable.

Tenerife era país muy bueno para toda clase de labranza, habitado por seres de facciones muy regulares, cortos de talla; los más intrépidos que se hallan en todas las islas, nunca se habían conquistado ni fueron llevados como esclavos pese a las diferentes excursiones de los extranjeros en sus islas. «Esta gente—dice Espinosa—era de muy buenas y perfectas facciones de rostro y disposición de cuerpo; eran de alta estatura y de miembros proporcionados a ella. Es esta gente (los de la banda del sur), de piel algo tostada y morena, ahora sea por traer este color de generación, ahora sea por ser la tierra algo cálida y tostarlos el sol, por andar casi desnudos como andaban. Mas los de la banda del norte, eran blancos y las mujeres hermosas y rubias, y de

lindos cabellos. Habían entre ellos cosa de ca-
torce o quince mil hombres de pelea.»

Un cronista francés dice que en todo el mundo no se ha encontrado gente más bella ni mejor formada que los naturales de estas islas.

Reuniendo, pues, estos informes, notamos que los habitantes de Lanzarote y Fuerteventura eran altos; los de Gomera y Hierro medianos; los de Tenerife, unos dicen que altos y otros que cortos; los de Canaria altos, aunque Nicoloso de Recco, el genovés, creía que la talla de los canarios no excedía de la suya. De la Palma parece que no hay noticia. Los de Lanzarote, Fuerteventura, Canaria y los que vivían al sur de Tenerife eran morenos; los que vivían al norte de la misma isla eran blancos o rubios. Todas las islas, especialmente Tenerife y Canaria tenían sus nobles y sus plebeyos, y, a lo menos los plebeyos en las dos islas últimamente mencionadas, no tenían ganado. La gente de Fuerteventura, Canaria y Tenerife especialmente, peleaba bien.

Será conveniente ahora citar las palabras de Viera y Clavijo sobre los entierros, en las cuales ha recapitulado los informes de Espinosa y Abreu y Galindo. Dice: «Luego que el enfermo moría, se colocaba su cadáver so-

bré una mesa ancha de piedra, donde se hacía la disección para extraerle las entrañas. Lavábanle después dos veces cada día, con agua fría y sal todas las partes más endebles del cuerpo, como sus orejas, narices, dedos, pulsos, ingles, etc., y luego le ungián todo con una confección de manteca de cabras, yerbas aromáticas, corcho de pino, resina de tea, polvos de brezo, de piedra pomez y otros absorbentes y secantes, dejándole después expuesto a los rayos del sol. Esta operación se hacía en el espacio de quince días, a cuyo tiempo los parientes del muerto celebraban sus exequias con una gran pompa de llanto. Y cuando el cadáver estaba ya enjuto y liviano como un cartón, lo amortajaban y envolvían en pieles de ovejas y de cabras, curtidas o crudas, y con alguna marca para distinguirlo entre los demás. Encerraban los reyes y primeros personajes dentro de un cajón de sabelina, o de tea, y trasladándolos a las cuevas más inaccesibles, destinadas para cementerio común, los arrimaban verticalmente a las paredes, o los colocaban con mucha orden y simetría sobre ciertos andamios».

En tiempo de Viera se descubrieron mil momias en una cueva de un cerro muy escarpado del barranco de Herquè. Dice de

ellas que «las mortajas, o forros en que están arrollados desde pies a cabeza, son unos pellejos de cabra, cosidos con primor. Algunos cuerpos tienen hasta cinco o seis, puestos unos encima de otros. Hállanse los varones con los brazos extendidos sobre ambos muslos, y las hembras con las manos juntas hacia el vientre».

Dice, hablando de Canaria, Pedro Gómez Escudero, que: «La manteca y el sebo lo guardan en ollas y leñas olorosas para exequias de los difuntos, untándolos y ahumándolos y poniéndolos en arena quemada los dejaban mirrados y en 15 a 20 días metían en las cuevas y estos eran los más nobles, que a los demás ponían en los maipeces (malpais) o piedras de volcán haciendo hoyos en las piedras y cubríanle con un montón de ellas como torreoncillos que hoy se hallan y hallarán siempre porque no se va a buscar aunque por codicias de palo de buena madera en las Isletas han descubierto muchas casas y sepulcros llenos de estas mirrados.»

El Museo de Cambridge posee el cuerpo de un guanche; también unas cuentas y un hueso que se hallaron en un barranco cerca de Santa Cruz de Tenerife. En el Museo del Royal College of Surgeons existe el cráneo de

un natural de la Canaria y diez y nueve cráneos de Tenerife. Un señor amigo del escritor, que vive cerca de Londres, tiene tres cráneos de las cuevas de Guayadeque, en la Canaria. El Museo Británico cuenta con algunos molinillos de piedra, algunas leznas de hueso, y cuentas de los guanches halladas cerca de la Boca de Tauce, Hoya Grande, en la cueva La Coronela, cerca de Icod, y en una cueva en la Orotava, todos lugares de Tenerife. Parece que hay tres cráneos en el Museo de Historia Natural, South Kensington. El doctor Verneau, en París, poseía una buena colección de cráneos y antigüedades de los guanches, pero, como es natural, es en las Canarias donde se puede ver el mayor número de objetos que se conservan de los aborígenes de las Islas. El Museo Municipal de Santa Cruz de Tenerife tiene una colección bien arreglada, y en el de Las Palmas hay una de las más extensas que existen en el mundo.

El doctor Gregorio Chil y Naranjo examinó más de dos mil cráneos de los naturales de Canaria, Tenerife, Gomera y Hierro, pero solamente consiguió dos de Fuerteventura y uno de la Palma. Parece que de Lanzarote no existen ningunos. El doctor Verneau consi-

guió más de doscientos setenta cráneos de la Gran Canaria, Tenerife, Palma, Gomera y Hierro.

Sergi, Abercromby, Elliot Smith y otros han estudiado los cráneos de los canarios. La creencia general parece ser que los habitantes de mayor estatura, que es costumbre ahora llamar guanches, eran de la raza Cro-Magnon; que había una segunda raza, más corta de talla y morena, que sería de aquella que ha poblado Egipto y el norte del continente de Africa, éstos quizás predominaron en la Gran Canaria, Palma y Hierro; mientras que en la Gomera había una tercera raza de cráneo ancho, gente que vino del Asia y después llegó a poblar varios sitios de Europa y Africa.

Se dice que todavía se encuentran en ciertas localidades de las islas personas que conservan el tipo característico de los antiguos habitantes.

EL GOBIERNO DE LOS NATURALES

«Estas dos islas—dice Abreu y Galindo, hablando de Lanzarote y Fuerteventura—y todas las demás se regían por señores, capitanes, o reyes, en cuadrilla, y se dividían en partes, con cercas de piedra seca, que atravesaban la isla, y en cada una de estas partes gobernaba un rey o capitán, y todos los habitantes y moradores de aquellos términos le obedecían y servían por señor». El tener uno o más reyes variaba con los años. Viera y Clavijo creía, por ciertos vestigios de muralla descubiertos por él, que en tiempos anteriores Lanzarote había tenido dos reinos. Con esto no está conforme Chil y Naranjo.

Zonzamas y su esposa, Fáina, son los primeros reyes de Lanzarote de quienes tenemos noticias. Se dice de ellos que recibieron con buen trato a cierto capitán vizcaíno, don Martín Ruiz de Avendaño, arrojado por un temporal a la isla. Según Galindo, esto debió ocurrir por el año de 1377. El cuento que

leemos en Galindo de que don Martín y la reina Fáina tuvieron una hija, llamada Ico, y que Guadarfía, hijo de Ico, era rey cuando vino Bethencourt no nos parece creíble. En tiempos de Bethencourt el rey Guadarfía era ya hombre, tenía su esposa, la reina Aniagua, y era de tal fuerza que cuando el traidor Berthín le hizo prisionero, rompió los grillos que le habían puesto, y aún una gruesa cadena con que después le aseguraron, y dió tan fuerte puñetazo a uno de los guardias, que los demás no osaron acercársele. Según Viera, Tinguafaya o Timanfaya, hijo de Zonzamas, y la reina, su esposa, fueron los reyes llevados por los piratas del año 1393. Y Guadarfía, según el mismo Viera, era hijo de Ico y de Guanáreme, hermano de Tinguafaya y, por supuesto, de Ico también. Los veinticinco años no dan para esto; así es que o el padre de Ico no fué don Martín, o la llegada de éste tuvo lugar años antes de 1377.

Fuerteventura tenía un reino al norte, hacia Corralejo, con su rey, Guize, y otro al sur, hacia Jandía, con su rey, Ayoze.

La isla de la Gomera, según algunos, tenía antiguamente un solo rey, llamado Amaluyge, pero después tuvo cuatro. El Hierro no

tenía sino uno, mientras que la Palma tenía doce.

Gran Canaria tuvo varios, después uno, y más tarde dos: el Guanarteme de Telde y el Guanarteme de Gáldar.

Tenerife primero tuvo un rey, y después los nueve hijos de éste repartieron la isla entre todos. Hablando de Tenerife, Espinosa dice que: «Todas sus guerras y peleas eran por hurtarse ganados (que otras haciendas no las poseían) y por entrarse en los términos.» Lo mismo sucedió en algunas de las demás islas. Guadarfía asistió a Bethencourt en su guerra contra los «majoreros», como solía, y aún hoy día suele llamarse a los de Fuerteventura.

Tanto en Canaria como en Tenerife había consejo o junta de ancianos o principales para asistir en el gobierno. En Tenerife cada reino tenía un hueso, (Viana dice un cráneo), del más antiguo rey de su linaje envuelto en sus pellejuelos y guardado. Después de juntarse los ancianos en el «Tagoror», que así se llamaba el lugar de consulta, eligieron al rey, y diéronle aquel hueso a besar; el nuevo rey lo besó y lo puso sobre la cabeza. Después los de más allá lo pusieron sobre el hombro y decían: «Juro por el hueso de aquel día en

que te hiciste grande». Hay tribus por la parte Este de Africa que guardan también el cráneo o hueso maxilar de los jefes muertos, para adorarlo en un templo.

Los reyes de Tenerife se llamaban Menceyes; los hidalgos, como descendientes de reyes, «Achimenceyes», y los plebeyos «Achicaxn:». Decían los naturales «que Dios los había criado y les había dado ganados para su sustento; después Dios crió más hombres, y cuando éstos preguntaron a Dios cómo harían sin ganado, que ninguno tenían, Dios les dijo que habrían de servir a los otros y ellos les darían de comer.

En Canaria había gente noble como hidalgos. Azurara dice que tenían que ser no menos de ciento noventa y no tantos como doscientos. No era bastante ser hijo de noble; un sacerdote, que se llamaba Faicán, tenía que examinar al joven y admitirle. El Faicán era segunda persona después del Guanarteme, y era él quién determinaba las diferencias, los debates, y tenía que ver con lo que concernía a la religión de la isla.

CASAMIENTOS
VESTIDOS

Tenían los isleños, como es natural donde hay diversas razas, diferentes costumbres en los casamientos. En Fuerteventura, Hierro y Canaria parece que cada uno tenía su esposa, y cada esposa su marido. En Canaria los padres engordaban a la hija con leche, gofio y otras viandas antes de casarla. Antes de darla al marido, la llevaban al Guanarteme, y él o uno de los nobles la poseían primero; si la niña tenía hijo del señor, era considerada como noble. En el Protectorado de Uganda, entre los Banyankole, dan a la jovencita gran cantidad de leche para engordarla antes de casarla. En el Hierro, el marido, según sus recursos, daba animales como regalo al suegro. Muchas de las mujeres de Lanzarote tenían tres maridos. Según Azurara, los maridos de la Gomera siempre prestaban la esposa al huésped, y dice que por eso heredaron los sobrinos, hijos de hermana, y no los hijos. Algunos no han querido admitir que

fuesen verdades todos estos cuentos, pero es fácil comprender que los primitivos habitantes no tendrían mucha gana en admitir a los españoles y la existencia de costumbres que unos empezaban a extender y los otros no podían aguantar. Los de Tenerife tenían las mujeres que querían y podían sustentar. La traducción inglesa de Markham no es muy clara en este punto, pero estas son las palabras de Espinosa. Parece que Cadamosto dice lo mismo de los de Tenerife, y es posible que refiera a la misma isla la costumbre que hemos visto tenían en Canaria, es decir, llevar la niña al señor antes de llevarla al marido.

En Tenerife reinaba la libertad, o mejor dicho, la licencia, pues era tan fácil disolver el matrimonio como contraerlo, aunque parece que los hijos de la mujer divorciada y casada con otro se consideraban por no legítimos. Se llamaba al hijo «Achicuca» y a la hija «Cucaha». En Tenerife el rey no se podía casar con mujer de la clase baja, y si no podía conseguir otra se casaba con su hermana. Viera y Clavijo dice que Guanareme, marido de Ico, y rey de Lanzarote, era también su hermano.

X

La llegada a un país virgen de europeos, siempre vestidos y casi siempre menospreciando los que no lo están, no pudo menos que influir muchísimo en las costumbres de los naturales dondequiera que estuvieron. Además, los viajeros que nos cuentan de las costumbres, han visitado el país por lo general, en diferentes épocas y bajo diversas circunstancias. Algunas veces, también, suelen hablar de gente desnuda, cuando en verdad aquellos naturales llevan algo, aunque no sea más que el delantal de nuestro padre Adán.

Los viajeros del año 1341 encontraron en Canaria unos treinta hombres todos desnudos. Dicen también que las mujeres casadas llevaban delantal como los hombres, pero que las doncellas siempre andaban desnudas. La estatua de un hombre que robaron aquéllos tenía delantal de hojas de palma que, como dice el genovés de Recco, «cubría la parte en frente, según la costumbre de los habitantes». Los cuatro jóvenes que los italianos llevaron de Canaria iban desnudos, con solo una especie de delantal formado por una cuerda que les ceñía la cintura, de la cual colgaba una cantidad de hilos de palma o de junco, de longitud de palmo y medio o de dos pal-

mos, y con esto se cubrían por detrás y por delante. Cuando estos mismos viajeros llegaron a la Isla «vieron venir hacia ellos en la playa, multitud de gente, tanto hombres como mujeres, todos casi desnudos; entre éstos, algunos que parecían superiores a los otros, estaban cubiertos de pieles de cabra pintadas de amarillo y encarnado, y según podía juzgarse de lejos, estas pieles eran finas y delicadas y estaban artísticamente cosidas con cuerdas de tripa.»

Dice Azurara que los canarios andaban desnudos, pero que algunos se vestían con hojas de palma teñidas de varios colores.

En Fuerteventura encontró de Recco un país «abundando en cabras y otros animales, así como en hombres y mujeres desnudos, de un aspecto y costumbres feroces».

En la Gomera también andaban los hombres enteramente desnudos, si debemos creer a Azurara; ellos se burlaban de los vestidos, diciendo que «no eran sino sacos en que los hombres se metían». Abreu y Galindo dice que cuando guerreaban los gomeros traían atadas por la frente unas vendas, de junco majado, tejido, teñidas de colorado y azul.

Parece, sin embargo, que todas las islas tenían, quizás con algunas variaciones, un

vestido común a hombres y mujeres, que se llamaba «tamarco». Viera y Clavijo cree que al principio éste hubiese sido hecho de hojas de palma, porque la palabra «tamar» significa palma, en hebreo, arábigo y fenicio. Espinosa cuenta del «tamarco» de Tenerife, que era «hecho de pieles de corderos, o de ovejas gamuzadas, a manera de un camisón sin pliegues, ni collar, ni mangas, cosido con correas del mismo cuero, con mucha sutileza y primor tanto, que no hay pellejero que tan bien adobe los cueros ni que tan sutil costura haga, que casi no se divisa, y esto sin tener agujas ni leznas, sino con espigas de pescado, o púas de palma o de otros árboles. Este vestido era abrochado por delante o por el lado, con correas de lo mismo. A veces el «tamarco» de los hombres colgaba del hombro hasta el muslo, de manera que no tenían nada en frente. Las mujeres de Lanzarote usaban «tamarco» largo hasta los pies. En la Gomera, Hierro y Tenerife, las mujeres llevaban una especie de saya con el «tamarco». Las mujeres de Tenerife miraban como cosa deshonesto el descubrirse pechos y pies. Los de Lanzarote, Fuerteventura, Canaria y la Gomera usaban un tocado, llamado «Guapil» en Lanzarote; y en las tres primeras de estas islas

con tres plumas largas en la frente. Llevaban calzado en todas las islas, menos en Tenerife, donde los nobles usaban una especie de media para las piernas. Las religiosas de Canaria, que se llamaban «Magadas», se distinguían por sus mantos de pieles, blancos y largos.

He aquí lo que escribe Pedro Gómez Escudero en el el año 1485:

«Comunmente, en todas las Islas, el vestido de pieles, así en hombres como en mujeres, era uno mismo, llamado «tamarco». Los de Lanzarote tenían colgando por las espaldas hasta las corvas una o dos pieles como capotillo o media manta con que dormían y lo demás descubierto sin darle empacho ninguno. Las mujeres en todas las islas usaban faldellín de pieles. Los hombres se cubrían (por la cintura) con unas empleitezuelas flecadas de palmas atadas por cintas hasta medio muslo y peleaban así y también desnudos; poníanse otras veces un zamarrón con media manguilla y zapato de un cuero cosido por el pie, y en los muslos sajones de cuero de cabra estregado y blando, muy suave, a modo de gamuza.»

LA PRIMERA COLONIA DE CASTILLA

Juan de Bethencourt, autorizado por el rey Enrique III de Castilla, logró tomar posesión de cuatro de las islas, entre los años de 1402 y 1405. Estas fueron: la isla de «Tite-roy-gatra», o sea Lanzarote; la de Majo, o sea Fuerteventura; la Gomera; y «Esero» o sea Hierro.

Don Pedro de Vera, según el Cura de los Palacios, desterrado de Castilla en el año 1480 por la muerte del alcalde de Medina Sidonia, consiguió la conquista de la Gran Canaria el jueves, 29 de Abril del año 1483. Antiguamente se llamaba la Canaria «Tamarán» o «Tamerán», que significa, según dice Millares, «País de valientes», aunque este nombre nos hace acordar de lo que dice Viera y Clavijo acerca del «tamarco».

Don Alfonso Fernández de Lugo, faltando en su palabra al rey Tanausú, logró conquistar la Palma el 3 de Mayo de 1492; por eso lleva la capital el nombre de Santa Cruz.

La isla se llamaba por los naturales «Benahoare», que quiere decir «mi patria» o «mi tierra».

Se dice que Tenerife toma su nombre de las palabras «Tener» e «Ife» o «Fe»; la una significando «nieve» o «blanco», y la otra «monte»; pero Galindo y Espinosa trasponen las significaciones.

El antedicho don Alonso Fernández de Lugo ganó la batalla que le dió la conquista de la isla, el día de Navidad del año 1495, aunque tuvo que gastar otros tres años en pacificarla.

La situación geográfica de las Canarias ha dado una parte bastante importante en conexión con los viajes y descubrimientos, tanto por la costa de Africa como por el nuevo mundo. Hasta el descubrimiento de la América, las seis islas ya conquistadas sirvieron a Castilla como su única dependencia colonial.

En Agosto del año 1492 llegaron a las islas los memorables barcos «Santa María» «La Niña» y «La Pinta», con sus capitanes los hermanos Pinzón, y su Almirante, el gran Cristóbal Colón. Parece que fué el domingo 12 del mes, cuando se quedó Martín Alonso Pinzón en la Canaria por mandato del Almi

rante, mientras que éste, con los otros dos barcos, llegó a San Sebastián, al puerto de la Gomera que,—dice Galindo—, es principal y mejor de todos en las islas. Unas montañas altas encierran la playa, y dan a los que vienen de fuera una hermosa vista; el mar, algo tempestuoso allá por fuera, baña suavemente la arena fina de la playa por dentro.

Volvió Colón a la Canaria, y después que se hubo hecho un nuevo timón para la «Pinta», y se mudaron las velas latinas cambiándolas por redondas, todos fueron a la Gomera, llegando allí el domingo, 2 de septiembre. Pasaron cuatro días en la Gomera embarcando carne, agua y leña, y partieron para su gran empresa el jueves, 6 del mes, por la mañana.

Colón llevó de la Gomera, cuando hizo escala allí, al siguiente año, en el segundo viaje, agua, leña y ganados «como becerros, cabras, ovejas y ocho puercas, a setenta maravedís la pieza, de las cuales multiplicaron las que después hubo en las Indias.»

El Almirante también hizo escala en las islas en los otros dos viajes.

En Febrero o Marzo del año de 1502, los 31 navíos, con el capitán general Antonio de

Torres y Nicolás de Ovando y diez frailes franciscanos, se juntaron en la Gomera en camino a las Indias, y fueron en ellos un número considerable de isleños.

En al año de 1514, Pedrarias, con quince velas y un buen número de frailes franciscanos, llegó a la Gomera, después de haber perdido dos barcos por un temporal, y allí tomó agua, leña y lo demás que habían de menester.

En Octubre del año siguiente vino a Santa Cruz de Tenerife Juan Díaz de Solís, con dos barcos en camino para el Río de la Plata, donde él y algunos de la tripulación fueron muertos y comidos por los indios.

Salió de Montaña Roja, en Tenerife, el 2 de octubre del año 1519, la escuadra de cinco buques de Fernando de Magallanes para descubrir el estrecho que lleva su nombre. Todos pasaban por las islas: Vespucci, Hojeda, Alvaro Núñez Cabeza de Vaca, Diego de Ordaz, Rodrigo de Bastides, Juan de la Cosa, Juan de Ledesma y otros.

Los Reyes Católicos, en el año 1501, concedieron a don Alfonso Fernández de Lugo la dignidad de Adelantado de las Islas de Canaria, y treinta y cuatro años después, su hijo, el segundo Adelantado, partió para la

tierra firme de América, con ochocientos vecinos nobles de las islas. Fué éste, don Pedro Fernández de Lugo, quién nombró por su teniente el licenciado Gonzalo Jiménez de Quesada, del que ha hablado en sus escritos el señor Cunninghame Graham. Sabemos la fecha de esta expedición—primero de abril de 1537—por el documento que dió Quesada a su hermano Hernán Pérez de Quesada, cuyo documento se ha publicado en Bogotá.

Don Pedro fundó en la ribera del río Magdalena, en el Nuevo Mundo, la ciudad de Tenerife, y una población que tomó el nombre de la isla de La Palma, en las Canarias.

El cosmógrafo-cronista Juan López de Velasco, dice que tanto para la primera de sus cuatro navegaciones, que llama él «carrera de las Indias», como para la segunda de ellas, es decir, el viaje hasta la Dominica o hasta el Río de la Plata, se va por las Canarias. Llegadas allá, las flotas irían al puerto de la Gran Canaria, aunque antiguamente solían tomar el de la Gomera, por ser el mejor de todas las islas.

En el Río de La Plata fundaron también los canarios las primeras poblaciones.